y mandó cincelar en su escudo la cabeza de un bárbaro sacando la lengua. Con efecto, Roma se figuró que en sus robustos brazos acababa de ahogar á la barbarie.

CAPITULO XVIII.

SEGUNDA GUERRA DE LOS ESCLAVOS, DE LOS POBRES DE ROMA Y DE LOS ITALIANOS. LEVANTAMIENTO DE LOS PROVINCIANOS (103-84).

Rebeliones de esclavos en la Campania y en Sicilia: Salvio y Atenion (103-100). — Otros movimientos populares : Saturnino (100). — Opresion de los italianos: su conato de establecerse en Roma. — Druso (91) — Guerra social (90-88). — Ley Julia (90): triunfos de Pompeyo y de Sila: ley Plautia-Papiria. — Mario y Sulpicio arrojan á Sila de Roma (88). — Regreso de Sila: fuga de Mario. — Cinna llama á Mario (87): proscripciones: muerte de Mario (86). — Levantamiento de las provincias orientales ó guerra de Mitrídates (88-84): primeras contiendas de Mitrídates con Roma. — Degüello de todos los romanos en Asia (88). — Asedio de Atenas (87-86): batallas de Queronea y de Orcomene (86). — Paz con el rey de Ponto (84).

Rebelion de esclavos en la Campania y en Sicilia: Salvio y Atenion (103-100).

Cuando Mario lograba contener la primera invasion germánica, á su espalda se levantaban por segunda vez los esclavos. En Nuceria se descubrió una conspiracion y otra en Cápua y entrambas se desbarataron; pero un caballero romano llamado Vetio que, acribillado de deudas armó á sus esclavos y dió muerte á sus acreedores, suscitó un levantamiento mucho mas peligroso. Vetio se ciñó la diadema y vistió la púrpura, nombró sus lictores y llamó á sí á todos los esclavos de Campania; y aunque prefirió la muerte á caer en manos del enemigo cuando uno de los suyos le hizo traicion, con lo cual el movimiento se contuvo en la Campania, lo cierto es que entretanto pudo extenderse la rebelion á la Sicilia. Un hombre famoso por sus conocimientos en el arte de los arúspices, llamado Salvio, se puso al frente

de 20,000 infantes y 2,000 caballos y atacó á Morgancia, derrotando á un pretor que llegó en auxilio de los sitiados. El cilicio Atenion mandaba á los esclavos de Segesta y Lilibea; y este no recibia sino á los hombres robustos y diestros, obligaba á todos los demás á que trabajasen para el ejército y prohibia el pillaje. Los dos jefes se unieron, y Salvio, que quedó en primer lugar, se atrevió á ofrecer una batalla campal á Lúculo. Los esclavos, que no cedieron hasta que vieron caer á su caudillo, se refugiaron en Triocale, y al cabo de algunos dias de sitio Lúculo se retiró, por lo cual le castigaron en Roma con una multa. Menos afortunado aun fué su sucesor Servilio : Atenion reemplazó á Salvio, que murió poco tiempo despues de la batalla, y con su actividad paralizó los esfuerzos del enemigo. Roma castigó tambien á Servilio condenándole al destierro y se decidió á enviar por fin contra los rebeldes al cónsul Manio Aquilio, que se portó como digno colega de Mario, pues dió muerte á Atenion en combate singular y dispersó sus tropas. Todos los esclavos que cayeron cautivos fueron enviados á Roma y entregados á las fieras; pero ellos burlaron el placer que el pueblo se prometia degollándose entre sí, y el jefe que quedó el último se dió muerte tambien por sus propias manos. Muchos fueron los esclavos que perecieron en las dos guerras, y para contenerlos en lo sucesivo les sujetaron á reglamentos atroces : bajo pena de muerte les prohibieron tener armas, contando como tales los palos que usaban los pastores para defenderse de las fieras.

Otros movimientos populares: Saturnino (100).

La guerra de Numidia, la de los cimbrios y aun la de los esclavos vinieron á patentizar la impericia y hasta la venalidad de los nobles. Los tribunos recobraron ánimo ante aquella deshonra, se reorganizó el partido popular y elevó al consulado á Mario creyendo que seria su jefe ; y escudados con su nombre y sus servicios, emprendieron de nuevo la guerra contra el senado, sirviéndoles de pretesto el desastre de Orange y las concusiones de Cepion, quien destituido, murió verosímilmente estrangulado en su encierro.

El tribuno Domicio trasladó al pueblo la eleccion de pontífices (103), y el año siguiente Mario Filipo propuso una ley agraria que se rechazó; mas en cambio su colega Servilio Glaucia queriendo recompensar el auxilio de los caballeros, arrancó á los senadores los cargos de jueces que Cepion les habia devuelto y aseguró el derecho de ciudadanía al latino que probase alguna concusion de un miembro del senado. Así tomaba otra vez la ofensiva el tribunado, como si la sangre de los Gracos le hubiese restituido su antigua energía popular.

Esta era la situacion interior de la república cuando Mario volvió de la Cisalpina aspirando por sexta vez al cargo de cónsul, contra lo cual clamaron los nobles, porque les parecia que bastantes honores se habian prodigado ya al aldeano de Arpino, y le opusieron su enemigo personal Metelo el Númida. Mario se vió en la precision de comprar los sufragios y no se lo perdonó nunca.

Hallábase en Roma á la sazon un personaje que se contaba entre los peores ciudadanos, L. Apuleyo Saturnino, que siendo tribuno en 102, contribuyó á que alcanzase Mario su cuarto consulado. Mario, á su vez, le aconsejó que pidiera el segundo tribunado (100), y nada consiguió, pues ocupó aquel cargo Nonio que era un amigo de los grandes. Retirábase el nuevo tribuno despues de la eleccion, cuando Saturnino, secundado por el pretor Glaucia, se arrojó sobre él y le dió muerte, y al amanecer del dia siguiente los asesinos celebraron una asamblea que proclamó á Saturnino.

Saturnino principió por pagar á sus cómplices y seguidamente restableció la ley de Cayo tocante á los repartos de trigo al pueblo, sin la retribucion estipulada; propuso que se distribuyese entre los ciudadanos pobres todo el pais ocupado por los cimbrios en la Transpadana, que á cada uno de los veteranos de Mario se le entregasen cien yugadas en Africa, que se comprasen otras tierras en Sicilia, Acaya y Macedonia, y, finalmente, que se concediese permiso á Mario para otorgar el derecho de ciudadanía á tres extranjeros en cada colonia. En un artículo adicional se decia que si el pueblo votaba la ley, el senado tendria que jurar su

ejecucion en el término de cinco dias, y que si algun senador negaba el juramento, pagaria 20 talentos de multa, cláusula inusitada dirigida contra Metelo. Aprobada la ley en el foro, Mario reunió el senado, prometió negar el juramento y le prestó el quinto dia, imitándole los senadores, excepto Metelo que se empeñó en permanecer fiel al compromiso de todos. Al punto Saturnino pidió la multa y Metelo, que no quiso ó no pudo pagarla, salió desterrado.

Mario se encontraba omnipotente despues de haber satisfecho su ambicion y su odio; pero no sabia qué hacer de su poder, y Saturnino alentado aprovechó la ocasion y tomó el primer puesto. Mal conocemos sus planes, si es que los tenia : lo cierto es que se rodeó de italianos y extranjeros que una vez le saludaron con el nombre de rey; en la tribuna hablaba sin cesar de la venalidad de los grandes y evocaba el recuerdo de los Gracos. Un dia presentó al pueblo un supuesto hijo de Tiberio Graco, que dijo vivió escondido desde la muerte de su padre. Proponíase entonces conseguir su reeleccion y dar el consulado á Glaucia que seguia favoreciendo sus propósitos; pero los comicios eligieron por unanimidad al eminente orador Marco Antonio, y Memmio, que podia hacer gala de honradez, iba á obtener el segundo cargo, cuando los hombres de Saturnino se arrojaron sobre él y le asesinaron en medio del foro.

En esta ocasion todo el mundo se levantó contra los asesinos y apremiaron á Mario para que de una vez les escarmentara. Entretanto aquella misma noche se habian apoderado del Capitolio Glaucia, Saturnino, el supuesto Graco y el cuestor Saufeyo con su cuadrilla, el senado lanzó la fórmula *Caveant consules*, y Mario no tuvo mas remedio que sitiar á sus antiguos cómplices. Principió por cortar los conductos que abastecian de agua á la fortaleza, y al punto Saturnino se rindió porque contaba todavía con su proteccion: el cónsul le llevó con Glaucia y Saufeyo al lugar ordinario de las sesiones del senado, prometiéndose quizás que les salvaria; pero algunos ciudadanos escalaron el edificio, arrancaron la techumbre y apedrearon al tribuno con sus dos compañeros.

En vano procuró Mario contener la reaccion : el pueblo ordenó que volviera el Númida, y le salió á recibir una inmensa muchedumbre que le hizo como una entrada triunfal (99). Mario entonces, con pretesto de cumplir algunos sacrificios que habia consagrado á Cibeles, marchó á Asia con la secreta esperanza de producir entre Mitrídates y la república aquel rompimiento que ya Saturnino habia provocado con sus insultos (98). Necesitaba una guerra para rehabilitarse á los ojos de sus conciudadanos y decia : « Me consideran como una espada que se enmohece en la paz. »

Pasaron, sin embargo, algunos años en un reposo aparente, pues la suerte de Saturnino arredraba á los ambiciosos que habrian aspirado á hacer fortuna por medio del pueblo : era evidente que se habia concluido el partido popular, que el tribunado del cómplice de Mario representaba la última tentativa que podia hacerse para reconstituirle; y con efecto, desde aquella época hubo soldados en vez de plebeyos, generales en vez de tribunos, y los motines del foro se reemplazaron con las batallas de las guerras civiles.

Opresion de los italianos : su conato de establecimiento en Roma.

Roma aprovechó para dominar á los pueblos de Italia aquellos odios municipales que les impidieron siempre concertar su resistencia; y con el fin de asegurar su obediencia despues de la victoria, aumentó mas y mas con la desigualdad de las condiciones que les impuso, aquellas antiguas envidias procedentes de la diversidad de orígen, idiomas y cultos. El plan tuvo buen éxito, y ya hemos visto que la fidelidad de los italianos salió triunfante de las mas terribles pruebas. Empero los aliados no fueron mejor tratados que los plebeyos : les respetaron mientras les creyeron necesarios, y les despreciaron cuando llegaron á ser inútiles. La opresion comun borró entonces moralmente todas las diferencias; y aunque subsistian los nombres de municipios, prefecturas, colonias, etc., como que correspondian á distinciones positivas, políticamente no habia, á decir verdad, en toda la península mas que dos grandes

divisiones, á saber : los ciudadanos romanos y los que no lo eran. Dentro de la frontera romana dominaba la legalidad (*legitima judicia*), fuera la arbitrariedad y el despotismo (*dominium*). Un cónsul mandó apalear al primer magistrado de Teanum porque no habia desocupado los baños á toda prisa; y por el mismo motivo ordenó en Ferentinum un pretor que se prendiese á los cuestores, de los cuales el uno se precipitó desde lo alto de las murallas, y el otro fué cogido y apaleado. Un jóven de Venusa, que habiendo encontrado á un jóven romano viajando en una litera, preguntó riendo á los esclavos si llevaban un muerto, pagó la chanza con la vida. En una ciudad aliada hubo un consular que, por un descuido cualquiera en el servicio de sus víveres, mandó que públicamente dieran de palos á los magistrados. En 183 se disputaban un territorio los habitantes de Nápoles y los de Nola, y habiendo nombrado árbitro al cónsul Q. Fabio Labeo, este adjudicó al pueblo romano las tierras en litigio. Diariamente se repetian los actos de esta clase, y así los italianos aprendian á su costa que ni aun los mas favorecidos de todos ellos tenian garantías suficientes contra la arbitrariedad de los magistrados ó contra la insolencia de los ciudadanos.

Los aliados, que no se diferenciaban de los romanos ni en la lengua ni en las costumbres, carecian de los beneficios de la conquista y de los honores militares, reservados á los ciudadanos exclusivamente, como carecian tambien de privilegios positivos y derechos civiles. El descendiente de un liberto era mas que el hijo de Perperna, el vencedor de Aristónico, y así sucedia que muchos italianos aspiraban á aquel título, que eximia de impuesto, abria la carrera de los honores é introducia al hombre en las filas de los amos del mundo; que cubria con la proteccion mas enérgica la propiedad y la libertad; que daba, en fin, la garantía de la apelacion al pueblo y la de las leyes *Porcia* y *Sempronia*.

Y, sin embargo, durante largo tiempo los italianos se limitaron á esfuerzos individuales para obtener el derecho de ciudad. En 187 el senado expulsó de Roma á 12,000 latinos domiciliados, que habian dado sus nombres á los cen-

sores. Otros simulaban una venta para entregar sus hijos á un ciudadano, que al punto los hacia libres, y en vano el senado prohibió este subterfugio en 177. No pasaba año sin que se quejaran las ciudades latinas de que sus conciudadanos que huian á Roma, les hacian á los que se quedaban mas gravoso el impuesto y el contingente, que el senado no rebajaba. Muy luego se hizo extensivo á toda Italia aquel movimiento de los habitantes del Lacio hácia Roma. En 177 pidieron los samnitas y los pelignos que enviasen á sus respectivos hogares á 4,000 de sus compatriotas que se habian establecido en la ciudad latina de Fregelles, para gozar allí de los privilegios del nombre latino y trasladarse despues á Roma. Así se iban introduciendo los aliados uno por uno en el territorio de la ciudad; pero cuando los Gracos sacaron de nuevo á luz la ley agraria, que llenó de espanto á los poseedores de tierras del dominio, los italianos, que en crecido número habian invadido aquellas tierras públicas, se encontraron en la alternativa de impedir que se aprobara la ley, reuniendo para ello sus esfuerzos con los de los ricos de Roma, ó de obligar al pueblo á que compartiese con ellos, obteniendo el derecho de ciudadanía. De aquí la intervencion de los italianos en las discordias intestinas de Roma, el motin de Fregelles, las promesas de Cayo y las de Mario, que incorporó á muchos aliados en sus legiones. Mario alimentó las esperanzas de todos cuando en el campo de batalla de Verceli concedió el derecho de ciudadanía á 1,000 umbrios y á los habitantes de Iguvio y de Espoleto, acto que le echaron en cara como una usurpacion de la soberanía popular. « El ruido de las armas me hizo sordo á la ley, » dijo Mario. Muchos de los amigos de Saturnino pronunciaron el nombre de rey; mas la muerte del tribuno y la reaccion aristocrática que siguió al destierro de Mario engañaron otra vez sus esperanzas, y los cónsules del año 95 colmaron la exasperacion de los aliados expulsando á muchos de estos establecidos en la ciudad (ley *Licinia Mucia*), como se habia hecho en 187 y 177. Con fecha mas reciente se les prohibió la permanencia en Roma, y en 125, el anciano padre del cónsul Perperna fué tambien

expulsado como intruso de la ciudad, á la que habia enviado su hijo un rey prisionero.

Druso (91).

Sin embargo, entonces hubo un hombre que, á ejemplo de los Gracos, intentó una reforma radical : era el hijo del adversario de Cayo, Livio Druso. Tribuno en 91, continuó el papel que habia desempeñado su padre, siendo amigo á la vez del senado y del pueblo. Restituyó los cargos de jueces á los senadores, con el fin de fortificar en el Estado la aristocracia, ó sea el elemento de duracion; pero en cambio introdujo en el senado 366 caballeros; así como tambien para levantar la democracia, ó sea el elemento de fuerza, y sacar al pueblo de su estado humilde y miserable, prometió á todos los pobres repartos gratuitos de tierras en Italia y en Sicilia, y á todos los aliados el derecho de ciudad. Por desgracia, aquellas leyes descontentaban al senado, que no queria en su seno á los caballeros; al órden ecuestre, que no encontraba compensacion de la pérdida de los cargos de jueces; á los pobres, que debian trabajar para vivir; finalmente, á todos, porque se elevaban los súbditos á la condicion de amos. Aun entre los aliados hubo alarmas por aquellas colonias que se prometieron al pueblo de Roma, y que solo á su costa podian fundarse. Particularmente amenazados los etruscos y los umbrios, se cuidaban menos del título de ciudadanos que les ofrecian que de las tierras que querian arrebatarles. A vuelta de esto, los demás italianos, que veian en Druso su última esperanza, acudian á él en muchedumbre. El marso Pompedio Silo, que era uno de ellos y logró reunir hasta 10,000 hombres, mandó que escondieran las armas debajo de los vestidos, y á su cabeza se encaminó á Roma por sendas ignoradas. El consular Domicio, que le encontró en su viaje, le preguntó lo que significaba aquella muchedumbre, y Pompedio contestó: « Voy á Roma porque me llama el tribuno. » No obstante, el senado le aseguró que espontáneamente les haria justicia, y persuadido, despidió á sus hombres.

En Roma la exacerbacion de los ánimos habia llegado al

colmo. El cónsul quiso detener los sufragios el dia de la votacion; pero un viator del tribuno le asió por la garganta con tal fuerza, que le hizo echar sangre por la boca y los ojos. Las leyes se aprobaron, y sin embargo, lejos de concluirse la lucha, tomó mas incremento. En cuanto tuvo el senado los cargos de jueces, se arrepintió de haber aceptado las demás atribuciones, y quiso abrogarlas. Los caballeros ni siquiera esperaron esta reparacion legal: estando entre la muchedumbre recibió Druso un terrible golpe, que causó su muerte. Algun tiempo antes los conjurados italianos habian querido matar al cónsul, que se libró por el aviso de Druso.

Los caballeros, aprovechando el estupor causado por aquel asesinato, que quedó impune, arrancaron un decreto que anulaba las leyes de Druso, y á la par el tribuno Vario, oriundo de España y agente de los caballeros, ordenó, á nombre del bien comun, que se hiciesen pesquisas contra todos los que habian favorecido á los aliados, contra todo italiano que se mezclara en los asuntos de Roma. Los demás tribunos opusieron su veto; pero los caballeros, sacando las espadas que tenian ocultas entre sus vestiduras, obligaron á la asamblea á que aceptara aquella ley *de majestate*. Inmediatamente citaron en justicia á los senadores mas ilustres: Bestia, C. Cotta, Mummio y Pompeyo Rufo marcharon al destierro por voluntad ó por fuerza, y Vario se atrevió á acusar á Escauro, que dijo por toda contestacion estas palabras: « El español Q. Vario acusa á M. Escauro, príncipe del senado, diciendo que ha excitado á los aliados á la rebelion. Emilio Escauro, príncipe del senado, lo niega: ¿á quién creereis? » La explosion de la guerra social contuvo aquellas venganzas del órden ecuestre.

Guerra social (90-88).

Decididos los aliados á tomar las armas, pusiéronse los marsos á la cabeza del movimiento, siendo su compatriota Pompedio Silo el alma de la guerra. Ocho pueblos (los picentinos, vestinos, marsos, marrucinos, pelignos, samnitas, lucanios y apulios) se dieron rehenes y concertaron un

movimiento general sobre estas bases: no debian formar todos ellos mas que una república como la de Roma, con un senado de 500 miembros, 2 cónsules y 12 pretores, haciendo de capital la plaza fuerte de Corfinio, que denominaron Itálica; posteriormente acuñaron una moneda en la que estaba representado el toro sabelio destrozando á la loba romana. Los latinos, los etruscos, los umbrios y los galos permanecieron fieles. La señal del levantamiento se dió en Ascoli, donde degollaron al cónsul Servilio con su lugarteniente, y á todos los romanos que habia en la ciudad, sin perdonar á nadie, ni siquiera á las mujeres.

El marso Pompedio y el samnita Papio Motulo, que eran los dos cónsules italianos, se habian repartido el ejército y las provincias, y mientras el uno debia operar por el norte, de Carseoli hasta el Adriático, levantando si le era posible á los umbrios y á los etruscos, y penetrar por la Sabina en el valle del Tíber, el otro debia encaminarse al sur hácia la Campania, para llegar á Roma por el Lacio. Cubiertos por los dos ejércitos principales, los subalternos tenian encargo de tomar las plazas fuertes que resistiesen en el interior del pais, y expulsar de la Lucania y la Pulla á las guarniciones romanas. Antes de romper las hostilidades, los generales aliados quisieron hacer la última tentativa, y enviaron diputados al senado; pero se negaron á oirles, y entonces los italianos, en número de 100,000, inauguraron la campaña con el sitio de Alba, en el pais de los marsos, de Esernia, en el Samnio, y de Pinna, en el territorio de los vestinos. Inmediatamente el senado aprontó tambien 100,000 legionarios para cercar la insurreccion en el Apenino. Eran cónsules á la sazon Julio César y P. Rutilio (90); el uno, guardando la Campania, trató de penetrar en el Samnio, y el otro cerró la via Tiburtina, la única que penetra hasta las montañas de los marsos, y por la cual verosímilmente se prometia desembarcar Pompedio. Perperna, con 10,000 hombres, defendia entre los dos ejércitos consulares la entrada del Lacio por las montañas. Mario y Cepion operaron con dos cuerpos de ejército sobre las alas de las legiones de Rutilio, para comunicarse por el sur con Perperna

y por el norte con el procónsul Cn. Pompeyo, que penetraba por la Umbría en el Piceno, en tanto que el legado Sulpicio se introducia en el pais de los pelignos, con la mision entrambos generales de flanquear el ejército de Pompedio Silo y atacar á Corfinio y á Ascoli. Al sudeste, Craso debia tambien operar en la Lucania sobre la retaguardia del samnita Motulo. Por último, quedaron dentro de Roma fuerzas considerables, se establecieron cuerpos de guardia en las puertas y en las murallas, y T. Pison se puso al frente de la fabricacion de armas.

Al principio sacaron ventaja los italianos. Vetio Escato derrotó al cónsul J. César, que dejó en descubierto á Esernia, donde se hizo una resistencia heróica. Venafrum se entregó por una traicion, Perperna salió vencido, y el cónsul italiano Motulo se precipitó en la Campania por la brecha que se abrió en la liga romana. Nola cayó en su poder, y Salerno, Estabia, Herculano, Pompeya y Literno tuvieron que acceder á la liga, así como otras ciudades, por lo cual pudo hacerse con 11,000 auxiliares, y armó á todos los esclavos que acudieron á sus filas. Afortunadamente se mantuvieron firmes Nápoles, Acerra y Cápua. Otra vez estaban cerrados los caminos del Lacio; pero las ciudades de la Lucania y de la Pulla, sin auxilios eficaces, caian unas tras otras, y César fué derrotado por Mario Egnacio cuando quiso socorrer la plaza de Acerra. Por aquellos dias pereció el otro cónsul, Rutilio, en una emboscada, con todos sus soldados. Mario estaba en aquellas inmediaciones, y advertido por los cadáveres que arrastraba la corriente del rio, se apresuró á pasar á la otra orilla para apoderarse del campamento de los vencedores, ocupados aun en recoger despojos en el campo de batalla. No era mas afortunado Cn. Pompeyo por el norte: derrotado al frente de Ascoli, se habia corrido á Firmum, en donde le tenia encerrado Afranio. Aquella retirada hácia el Adriático dejaba descubierta la Umbría, á donde afluyeron los emisarios, y muy luego se quebrantó la fidelidad de los etruscos y de los umbrios; hasta en el Lacio se advirtieron síntomas amenazadores.

En Roma hubo un luto universal cuando se recibieron tan infaustas nuevas, y lo mismo que en los dias de los tumultos galos, los ciudadanos se pusieron la vestidura de guerra y armaron á todo el mundo, hasta los libertos. Por fortuna llegaron los socorros que Roma habia pedido á los reyes y á las naciones. El cónsul J. César recibió 10,000 galos cisalpinos y algunos miles de moros y de númidas, procedentes de Africa, con cuyos refuerzos marchó á levantar el sitio de Acerra, y no obstante la desercion que se introdujo entre los númidas cuando Motulo les presentó Oxinta, hijo de Yugurta, que los aliados encontraron refugiado en Venusa, César le mató 6,000 hombres y pudo hacer entrar auxilios en la plaza.

Al norte el legado Sulpicio, vencedor de los pelignos, libertó á Pompeyo, que inmediatamente prosiguió el asedio de Ascoli. Otro desastre, que fué la muerte del procónsul Cepion en un lazo que le armó Pompedio, y la toma de Esernia, obligaron al senado á confiar á Mario todo el ejército consular. Mario restableció el órden, eligió posiciones inexpugnables, y neutralizó los efectos de los últimos triunfos de los marsos. « ¿Por qué no sales á combatir si eres un general tan ilustre? » le preguntó un jefe aliado. « ¿Y por qué no me obligas tú á la pelea, ya que eres tan entendido? » replicó Mario. Lo cierto es que les derrotó y dió muerte al pretor de los marrucinos; pero el aldeano de Arpino, el antiguo cómplice de Saturnino, el hombre que habia hecho á tantos italianos legionarios y ciudadanos, combatia con mucho sentimiento contra su partido, que habia favorecido antes, y en el que contaba todavía amigos numerosos. Una vez que se vió en la precision de dar una batalla, se condujo con tanta blandura que no quiso acabar una victoria, cuyo beneficio y honor fué para Sila, quien, cayendo sobre el enemigo, le desordenó y consumó su derrota. Muy difícil de sostener era aquel cargo, y así fué que renunció á representarle, y pretextando ataques nerviosos que le quitaban la actividad que le era necesaria, se retiró á su casa de Misena, apesadumbrado y devorado de envidia. Sila tomó el lugar que abandonaba Mario, y fué para